

Max Jiménez visto por Yolanda Oreamuno

Dentro de la investigación con carácter teórico que sobre Max Jiménez se ha realizado, es necesario advertir que es muy poco, realmente, lo que conserva carácter científico y rigidez académica.

Numerosos artículos han visto la luz en periódicos y revistas, cortos y extensos ensayos han intentado aclarar el cause estético de este controversial artista; pero pocos de ellos cumplen realmente las exigencias de un método.

Y es que el magnetismo que brotaba de la persona de Max —ese mismo que brota de su obra— obligaba a los investigadores a tenerlo presente cada vez que se encontraban ante un libro suyo o una pintura.

Según los biógrafos, Max Jiménez poseía un vigor y una fuerza que trascendía su persona hasta envolver y hacerse presente en su obra.

Yolanda Oreamuno no fue la excepción, ella tampoco pudo escapar al influjo de Max Jiménez, y antes de hacer una crítica fría y despersonalizada, procede a engarzar el carácter de Max con los trazos e ideas que expone éste en su obra.

Yolanda Oreamuno quiere dejar claro que no persigue ejercer la crítica en el sentido académico, en todo caso aspira a convertirse en comentarista y así poder ejercer el deseo de decir lo que por derecho le corresponde.

No encontramos en el texto la aplicación de un método viable, sólo encontramos el deseo de un amigo frío de escribir sobre la amistad de un compañero muerto, que no se ha ido por cuanto permanece —en sus rasgos esenciales— implito en su misma obra.

Yolanda escribe sobre Max, cierto que con una actitud emotiva, sentimental, que para algunos linda con el panegírico: afirmación impropia por cuanto su pluma no cae en lo cursi o en lo baladí.

Yolanda está muy clara en cuanto que

referirse a la obra de arte en el tono que ella lo hace, en nuestro tiempo, resulta un pecado. Que la crítica no admite intrusión de elementos externos a la obra para explicarla. Consciente de esto responde: "Se dirá que le he hecho elogio, y como hacérselo —sea justo o no— se considera pecado, confieso el delito y sacudo de una vez por todas la pedante indiferencia que sí sería a mi juicio, pequeña y cobarde".

Los comentarios de Yolanda sobre Max fueron siempre espontáneos, contruidos en el momento de agarrar la pluma para plasmar, con lenguaje pristino; salvaje y rústico la impresión que Max derramó entre sus coterráneos.

Quienes hablan de él y de su obra literaria están conscientes de la necesidad de dejar de lado esa actitud metódica y falsamente objetiva que producen los métodos inmanentistas.

Hasta el momento no ha surgido la llamada crítica verdadera en torno a la obra de Max. Sus comentaristas saben que Max logró, en su obra: "dar un mensaje nuevo, interpretar un momento trascendente, pintar la esencia de un pueblo, abrir un camino, responder a una necesidad vital". Razones tanto o más válidas por cuanto establecen la imposibilidad de separar al autor y a su obra.

En muchas ocasiones se dice que el autor penetra en el carácter real del campesino y logra exponer sus auténticos rasgos tipológicos. "No se habla en términos de narrador o relator, por considerarse que es un artificio de los críticos para evadir responsabilidades sobre su propia opinión, y así quedar bien con el autor".

No obstante esto, la penalidad de Max importa bien poco para Yolanda Oreamuno y sólo sirve para satisfacción de los amigos —bien pocos por cierto— para ella el mérito de Max radica en que

logró imprimir a su obra todo lo vigoroso y renovado de su visión del mundo, sobre todo del mundo moral.

Considera Yolanda Oreamuno que Max Jiménez fue el primero en escribir en nuestro medio una novela completa, con organización y desarrollo de novelas, sobre el campesino y su ambiente: "EL LAUL. Idea que más adelante defenderá Alfonso Chase en su investigación de nuestra historia literaria. Consideran ellos que toda la literatura realista anterior a Max Jiménez era de corte erudito, estereotipada; que la imagen transmitida del campesino no obedecía a los patrones reales, sino a una imagen tergiversada y turística que percibimos en Aquileo y en Magón por ejemplo.

Los comentaristas de Max Jiménez tienen claro que no es su interés hacer una separación entre autor y narrador como elementos contradictorios, sino que tratan de descubrir de qué manera se vincula el uno con el otro. Consideran que la aplicación de métodos inmanentistas y deshistorizantes constituye un error en una sociedad como la nuestra; establecen la diferencia entre la sinceridad militante y el eclecticismo de los métodos "imparciales", que pretenden negar la ascendencia real concreta de toda ficción literaria y artística.

Yolanda Oreamuno piensa que es necesario comprometerse cuando se habla de la obra de Max Jiménez, ya que esta constituye "un documento del pasado artístico de Costa Rica. La misión de Max Jiménez en su literatura y en toda su obra no fue la de adornar sino la de crear ese arte que rara vez surge en nuestro suelo y que verdaderamente nos enorgullece".